

ENTRE MEDIOS, TROLLS Y MILITANCIA. ENTREVISTA CON DIANA LENTON ¹

CAROLINA PECKER MADEO*

* Lic. en Ciencias Antropológicas (UBA). Becaria doctoral UBA.
Correo electrónico: pecker_madeo@hotmail.com

Diana Lenton es profesora de la Universidad de Buenos Aires e investigadora del CONICET. Nos cuenta que decidió entrar a la carrera de Ciencias Antropológicas para escribir una “contrahistoria” de los pueblos indígenas. Descubriremos cómo y por qué.

¿Cómo surgió esta preocupación con la cual arribaste a la antropología?

Cuando era muy chica llegaron a mis manos unas revistas infantiles chilenas que traían unas historietas sobre temas históricos. Ahí conocí las biografías de Caupolicán, Lautaro y Galvarino y quedé muy impresionada. El tema mapuche no me era desconocido porque circulaba de vez en cuando en las conversaciones en mi casa. De una de mis bisabuelas se decía que “no tenía nombre”, por lo cual un juez de paz del sur bonaerense le había “dado” un nombre y un apellido. Mi infancia transcurrió entre negaciones, ocultamientos y justificaciones y a la vez con “filtraciones” de información inorgánicas, pero importantes. Crecí sabiendo, especialmente, que el territorio “pampa” no estaba dividido por fronteras nacionales ni provinciales, que los pueblos que lo poblaban habían tenido una forma de vida digna e inteligente y que su resistencia había sido heroica. Pero a la vez, también recibí cierto mandato implícito de que estos conocimientos no se evidencian en cualquier contexto, particularmente por esos años.

En 1977 yo ya estaba en 5° grado, y recuerdo que una vez nos tenían en el aula leyendo en silencio el “Manual del alumno bonaerense”, en la parte de las “corrientes colonizadoras” y allí aparecía algo de la conquista de Chile. Me indigné mucho porque decía que Valdivia había sido “bárbaramente asesinado” y en cambio los araucanos habían sido “ajusticiados”. Me indignó la falta de objetividad y el ocultamiento de información, en función de lo que yo sabía. Llamé a mi maestra, la Srta. María Teresa, y le dije que me parecía una injusticia y ella me dijo en voz muy baja para que no escuchara más nadie: “¿Vos escuchaste que la gente dice que la historia la escriben los que ganan?” Le dije que sí. “Y bueno... es eso”. Este diálogo muy breve, para mí fue una iluminación, porque en esos años en que la censura era casi absoluta, me confirmó que era importante descubrir inconsistencias en el relato histórico, y que detrás de esas disonancias había una realidad que necesitaba cambiarse, y que no era la única en sentirme mal por eso.

¹ Entrevista realizada el 9 de octubre de 2019.

Por otro lado, mi abuelo que trabajaba en la Farmacia del Hospital Militar guardaba los libros que publicaba el Círculo de Suboficiales. Así tuve acceso a Fotheringham, Villegas, Prado, Racedo, y otros, subrayados y anotados por mi abuelo que también andaba buscando algo entrelíneas. Para equilibrar, mi mamá me regaló *La Patagonia Trágica* y *La Patagonia Rebelde*. Estando en la secundaria y ya en momentos de mayor apertura política, empecé a trabajar con un grupo de payasas y con mi primera ganancia me compré Indios, Ejército y Frontera, de David Viñas. Desde chica había leído obsesivamente sobre estos temas, así como otrxs chicxs se hacen expertxs en dinosaurios.

Escuché hablar de la antropología por primera vez a través del programa “Orígenes” que Guillermo Magrassi tenía en Radio Belgrano, y luego en Radio Continental, los sábados. Así escuché hablar del trabajo de campo, y también las entrevistas en vivo a Aimé Painé, a Isabel Hernández, a Silvia Barrios y otrxs. El problema es que, si bien Magrassi se mostraba como un intelectual comprometido con la causa indígena, había algo muy nostálgico en la manera de presentar las culturas “amenazadas” o “casi extintas”, que irremediablemente planteaba a la antropología como una ciencia de rescate.

Y una vez posicionada en la carrera, comenzaste a participar también en espacios de militancia indígena.

En realidad, no es que a partir de la carrera me acerqué a los espacios de militancia, sino al revés. Como dije antes, me decidí por antropología porque quería encontrar una manera de aportar a una narrativa que invirtiera los conceptos hegemónicos en relación con lo indígena. Pero, por otro lado, predominaba la idea de que cualquiera fuera ese mundo indígena, era un mundo desaparecido, del cual sólo podemos conocer lo que unos pocos ancianos sobrevivientes, si tenemos suerte de ubicarlos, nos puedan transmitir. Una vez fue Rodolfo Casamiquela al programa de Magrassi, y dijo textualmente que sólo quedaban unos 60 ancianos en posesión de la cultura mapuche. Esa idea no solamente desestimaba el aporte de cualquier otro sector del mundo mapuche, sino que confirmaba al antropólogo como único heredero de ese conocimiento tan escaso y precedero. La antropología era, entonces, algo así como un interés excéntrico en una serie de informaciones sin utilidad concreta, y fundadas en una relación claramente autoritaria.

Pero entonces, en un kiosco de la calle Florida descubrí unas revistas, “Pueblo Indio”, que editaba el Consejo Indio de Sudamérica con participación del Centro Kolla, y eso me abrió la cabeza a una realidad del presente, dramática, pero nada extinta. Me enteré a través de esas revistas en 1984 que se iba a realizar un “Primer Encuentro de Juventudes Indias” en el Centro Cultural San Martín. Fui a escuchar, confirmé que no eran sólo los 60 ancianos, sino que había presente y futuro, pero no me animé a hablar con nadie. Tiempo después me animé a concurrir a una reunión de la AIRA (Asociación Indígena de la República Argentina), empecé a asistir a congresos abiertos al público, hice un par de cursos en el Centro Kolla. me informé bastante y especialmente, conocí gente diversa e interesante. Conservo amistades y

relaciones de respeto mutuo con algunxs. En el '87 me animé a participar por primera vez con una ponencia en las *Jornadas de la Indianidad* que se hacían en el CCGSM (Centro Cultural General San Martín).

¿Cómo fuiste entretejiendo esta inquietud militante con tu vida personal y la trayectoria académica?

Fui desarrollando mi carrera en paralelo, que me llevó mucho tiempo porque trabajaba dando clases de inglés en distintos colegios, viajaba desde mi casa en el Gran Buenos Aires y especialmente, porque en 1991 nació mi primer hijo. Pero, desde el principio intenté hacer algo más que cursar materias, por lo que al terminar "*Sistemas Socioculturales de América I*" en 1986 me acerqué a Claudia Briones que era la Adjunta y le dije que quería trabajar en algo que tuviera que ver con el pueblo mapuche. En esa época no había UBACyT ni adscripciones, pero con Claudia hicimos algo así como un grupo de lectura. También armamos un grupo con Axel Lazzari, Ingrid de Jong y Fernando Balbi, para leer y debatir textos relacionados con los estudios étnicos que no se veían en la carrera.

Más tarde empecé a buscar cómo hacer trabajo de campo sin tener que viajar para no dejar mi trabajo. Como había visto la película *Gerónima*, pensé en indagar sobre la situación de personas mapuches que estuvieran internadas en hospitales en Buenos Aires. Ubiqué a varias personas. Recuerdo especialmente un peón de campo de Chubut, internado mucho tiempo en el Hospital de Clínicas, operado varias veces por hidatidosis, totalmente solo y con muchas ganas de hablar. Además, una nena del norte neuquino operada del corazón en el Hospital Garrahan que recibía también apoyo escolar en el mismo hospital; en este caso, la familia prácticamente no me dejó acercar. Hice registros de mis observaciones y Claudia los corregía, además de recomendarme lecturas. Pero la experiencia no me gustó mucho porque me sentía en un lugar incómodo, ya fuera porque despertaba suspicacias como con la familia del Hospital Garrahan, o porque se me ponía en un lugar de asistente que traía remedios, toallas, o podía hacer trámites como con el señor del Hospital de Clínicas. Algo que no me molestaba en lo personal, pero me despertaba dudas en lo metodológico. Por otro lado, mi propia experiencia hospitalaria a partir del embarazo me hizo sentir que ese tipo de alienación era compartida, con lo cual entré en una especie de crisis de desencanto con la etnografía y con ciertas teorías.

A la vez, mis relaciones con la militancia indígena se habían aguada bastante porque empecé a "desidealizar" a partir de que fui testigo de algunas maniobras cuestionables, y porque mi vida personal, con la maternidad se iba poniendo más demandante y no me quedaba mucho tiempo disponible. Por eso, cuando planifiqué mi tesis de licenciatura decidí intentar otra clase de etnografía con documentos y archivos, y es lo que hice. Durante cuatro años, con una beca UBA para estudiante, revisé todos los diarios desde 1880, me divertí mucho y volví a la mirada histórica que me había interesado de chica. Claudia Briones viajó a hacer su doctorado en Austin; como el correo electrónico no soportaba adjuntos, yo le enviaba mis borradores impresos por correo postal y ella me los devolvía corregidos. Más cerca de la fecha de

la terminación de mi tesis, cambié de directora y comencé a trabajar con Sofía Tiscornia y con Ivi Radovich hasta que me gradué.

Justo ese año, en 1994, a través de un concurso interno convocado por Carlos Prego para la cátedra del *Seminario de Investigación Anual*, empecé como ayudante de segunda en la comisión de prácticos de Patricia Monsalve, hasta que asumí una comisión aparte. El trabajo en el seminario anual, tanto con Prego y Monsalve como con los titulares que siguieron, Hugo Ratier y Cecilia Hidalgo, fue agradable. En gran parte gracias a la calidez y generosidad de estos profesores y me aportó mucho conocimiento en temas más amplios que mi propia investigación de tesis y continué en el mismo hasta 2016.

Desde 1998, además, me integré a la cátedra *Sistemas Socioculturales de América I* a través de un concurso de Auxiliares. En esa época no estaba regularizada la cuestión salarial, por lo cual ejercí durante muchos años *ad honorem* hasta que concursé como titular en 2016. Pero siempre valoré la oportunidad de trabajar con el equipo de Claudia Briones también en la parte docente ya que había una gran dedicación de las profesoras de la cátedra, incluyendo a Alejandra Siffredi y Morita Carrasco en nuestra formación.

Y también quiero destacar que en estas dos cátedras en las que estuve, recibí apoyo y solidaridad en relación con mi maternidad. Lo cuento porque ya me había pasado en otra cátedra, en la que me presenté a un concurso interno para ayudante de segunda en 1993, que habiendo quedado primera, la titular me pidió que renunciara porque yo ya tenía un hijo y ella necesitaba alguien “*que se pueda dedicar a tiempo completo*”. No fue la única vez en que percibí que estas cuestiones extraacadémicas se filtraban en una especie de puntaje oculto. Por eso destaco la rectitud y la postura de estas cátedras en las que trabajé.

En 1997 comencé el doctorado. Tuve la enorme suerte de que mi tesis de licenciatura y algunos artículos que escribí como un capítulo que se publicó en 1992 en una compilación de Ivi Radovich y Alejandro Balazote para el CEAL (Centro Editor de América Latina) tuvieron bastante repercusión y buena recepción en el mundo del activismo indígena. Entonces, de alguna manera reingresé a esos espacios porque me empezaron a invitar a charlas, actividades. También porque me integré a un UBACyT dirigido por Claudia Briones y como actividad de transferencia, a partir de 2002 empezamos a dar cursos para docentes, con apoyo de UNTER (Unión de Trabajadores de la Educación de Río Negro), CTERA (Confederación de Trabajadores de la Educación) y SUTEBA (Sindicato Unificado de Trabajadores de la Educación de Buenos Aires). A la vez, con Walter Delrio empezamos a desarrollar en paralelo a nuestras tesis, lo que resultó ser la *Red de Investigadores en Genocidio y Política Indígena*; también dimos charlas para organizaciones indígenas y en institutos docentes con ese tema. Mi primera vez en una entrevista radial fue en el programa *La Tertulia* por Radio El Mundo en el 2000.

Por ese entonces estaba sin trabajo, se me habían acabado las becas posibles y no había avanzado lo suficiente con mi tesis doctoral, entre otras cosas porque nacieron mis últimos tres hijos, en 1995, el 1997 y 1999. Daba clases particulares, tipeaba monografías de alumnos de la Universidad Argentina J. F. Kennedy y fui censista, vendedora de repuestos automotrices

y pastelera en Delicity. Tiraba CVs por todos lados y me presenté a todos los concursos y convocatorias posibles. En 2001 quedé seleccionada para la Beca Fullbright para una estancia de tres meses en Estados Unidos, pero se me estaba haciendo muy difícil la logística familiar. Y a la vez, como suele suceder por las leyes de Murphy, los empleos salen todos juntos, por lo cual me llamaron del INAI (Instituto Nacional de Asuntos Indígenas), adonde había llevado también un CV. La directora del INAI en ese momento era Ana González Montes. Así que renuncié a la beca Fullbright y me quedé en el INAI. No me arrepiento de la decisión porque, aunque pareciera más valiosa una beca internacional, lo que aprendí en mi experiencia en el INAI, acerca del mundo indígena, pero especialmente acerca de la maquinaria del Estado y el conocimiento que obtuve de personas y organizaciones concretas, es irremplazable e imposible de adquirir de otro modo. Una experiencia que duró un año y medio, hasta que el director que entró con el cambio de gobierno, Jorge Pereda, me echó en diciembre de 2002 por participar de los reclamos de justicia por la violenta incursión de la policía formoseña en el Lote 68². Entre tanto, mi carrera profesional se estabilizó recién en 2007 cuando ingresé al CONICET.

Desde aquel entonces, ¿cómo comenzaste a ser solicitada para intervenir en conflictos que afectan a las comunidades indígenas? ¿De qué manera esta experiencia militante entra en juego con tus producciones académicas?

En 2004 recibí un llamado de un dirigente mapuche que había conocido en el INAI, solicitando mi intervención en un conflicto territorial que enfrentaba a una comunidad neuquina con una empresa petrolera. Acepté y a partir de allí entré en algo así como otra dimensión, un “trabajo de campo” distinto ya que implicaba una relación comprometida y participativa y en un ambiente social y político muy estimulante. Esto me devolvió la oportunidad de hacer el trabajo de campo que había postergado: conocí las comunidades, me insolé en la meseta, dormí al sereno, me involucré con las acciones y discursos políticos de las nuevas generaciones mapuches y, también, pude conocer a los viejitos como los que mencionaba Casamiquela, pero que no están solos. Este trabajo desafió mi formación académica, pero a la vez la recuperó para poner en valor elementos que había dejado olvidados. A partir del primer trabajo en este tema se fueron encadenando otros. Mi última colaboración fue en 2016 en un juicio penal contra un matrimonio mapuche del lof Felipin³ acusado de usurpación. Antes, participé en otras instancias judiciales como la criminalización de las recuperaciones en los campos de veranada en Litran en el 2009⁴ y el más sonado juicio por tentativa de homicidio contra Relmu Ñamku, Martín Maliqueo y Mauricio Rain en 2015⁵. En este último caso, no sólo se logró la absolución de los imputados, sino también el reconocimiento de la utilización de la lengua mapuche en los tribunales y de la necesidad de establecer un jurado intercultural. Este trabajo de muchos años me valió, por un lado el premio Memorial de la Justicia que otorga el SERPAJ (Servicio de Paz y Justicia) y, por el otro, recibí amenazas personales y fuertes presiones por parte de las empresas y de sectores del gobierno neuquino.

2 El 16 de Agosto de 2002 la policía provincial formoseña irrumpió violentamente en la comunidad Nam Qom conocida como Lote 68, a 10 km de la capital provincial. Decían buscar a un grupo de hombres qom acusados de participar en un tiroteo que se produjo en un campo particular en el que murió un policía y otro quedó herido. Con armas de fuego y sin exhibir orden judicial, más de 100 policías, la mayoría de civil, entraron en los domicilios golpeando y maltratando a niños, mujeres y hombres con prepotencia y violencia inusitada, dejando un saldo de abusos, violaciones y algunos heridos que fueron objeto de reclamo por parte de numerosas organizaciones de derechos humanos nacionales e internacionales.

3 La comunidad o Lof Felipin del pueblo Mapuche es una de las más conocidas y consolidadas de la provincia de Neuquén, ubicada en el Departamento Catan Lil.

4 La veranada es una práctica ancestral mapuche que consiste en el traslado de personas y animales a tierras altas durante el verano. En el verano de 2009 varias comunidades de la meseta se encontraron con sus campos de la cordillera alambrados y ocupados por privados. Lograron recuperar parte de ese territorio, pero en marzo del mismo año fueron reprimidos y desalojados. La justicia neuquina abrió causas por usurpación contra varios líderes mapuche.

5 En noviembre de 2015 culminó un proceso judicial en el que se hallaban imputados por daño agravado tres conocidos militantes políticos del pueblo mapuche de la zona centro de la provincia, aunque una de ellas, Relmu Ñamku, recibió además una acusación por homicidio en grado de tentativa, que podría haber significado una condena de hasta quince años de cárcel efectiva debido a que al resistir un desalojo resultó herida por una pedrada una empleada del Poder Judicial

¿Podrías contarnos un poco acerca de cómo este interjuego entre la militancia y tu producción académica fue resonando en algunos medios de comunicación?

La difusión del trabajo conjunto con la comunidad Lonko Purran sobre lo que definimos como daño cultural producido por las empresas extractivas hizo que me invitaran para una experiencia similar en una comunidad Mbyá en Misiones y también para exponer la experiencia en el casi inaccesible pueblo minero de El Aguilar, en Jujuy. Este fue el primer tema por el que salí periódicamente a los medios, sobre todo diarios y radios de Neuquén, en las ocasiones en que se aproximaba alguna instancia judicial.

El trabajo con la *Red de Investigadores en Genocidio y Política Indígena* también fue motivo de entrevistas radiales, por ejemplo, un ciclo de Radio FM Nacional, América Profunda, donde todos los sábados contribuíamos con una breve columna sobre el tema. Pero fue claramente la conflictividad en aumento y que estalló en 2017 lo que causó que me requirieran en los medios de modo extraordinario. En parte a través de recomendaciones provenientes del mundo indígena y en parte derivada por instancias de la gestión de la Universidad. A partir de la desaparición de Santiago Maldonado, a veces tuve una entrevista radial telefónica a la mañana, otra a la tarde, y entrevistas por mail para responder. Fui a canales de televisión y de radio masivos y alternativos.

¿Cómo valorás el saldo de esas participaciones?

Me hicieron entrevistas muy satisfactorias en Canal Abierto, que se transmite por YouTube; en el programa Asuntos Públicos del Canal Metro, en *Buscando la palabra justa* de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), en el Canal RTN de Neuquén, en La Retaguardia, en Télam y en Radio Presente del Ex Centro Clandestino de Detención “Olimpo”, y me dieron un espacio interesante en la *Revista Anfibia* de la UNSAM. Entre muchos otros medios, por ejemplo, de Mendoza, Entre Ríos, Tucumán, Chubut, Montevideo. Además de los “rebotes” por los cuales, por ejemplo, me enteré luego de que, el programa ADN del canal C5N, había reproducido el video filmado por Canal Abierto o las reproducciones *ad infinitum* de las entrevistas filmadas, radiales o escritas en plataformas y redes sociales.

Es positivo que, en medio de la tragedia que fue tanto la desaparición forzada y muerte de Santiago Maldonado como el asesinato de Rafael Nahuel y otros episodios represivos del mismo año, se haya visibilizado la cuestión en los medios. Me concentré en ese objetivo.

También hubo experiencias bastante negativas como las que resultaron en amenazas y ataques de “trolls”. ¿Podrías contarnos acerca de eso?

Por mencionar alguno de esos momentos desagradables, diré que luego de participar en el programa de TV por cable Terapia de Noticias, del Canal de La Nación+ - al que fui creyendo que era una entrevista y resultó ser un panel con una funcionaria macrista y dos periodistas afines, y en el

de la provincia. Este proceso judicial, que se prolongó tres años, ha sido consecuencia de un conflicto de muy larga data en la zona y que enfrenta a las comunidades mapuche con las compañías mineras y petroleras y sus aliados en la política, la policía y la justicia. En este caso particular, involucró a la comunidad Winkul Newen y a la empresa petrolera Apache.

6 Lonko Purran es una comunidad situada en el Departamento Cutral Co en medio de la llamada comarca petrolera. En los últimos veinte años fue escenario de fuertes enfrentamientos con empresas petroleras nacionales e internacionales. La prolongación del conflicto con sus consecuencias de empobrecimiento y precariedad, además de la persecución por parte del aparato estatal, terminó por causar la división de la comunidad, entre quienes aceptaron un acuerdo con las empresas y quienes lo rechazaron y decidieron crear la comunidad Winkul Newen (ver nota anterior).

que todas las preguntas giraban en torno al fantasma del terrorismo, en un interrogatorio casi policial, y en el que obviamente expresé mis críticas al papel de la Ministra de Seguridad Patricia Bullrich - al llegar a mi casa un rato después del programa, me encontré con que ya se había subido el video a la web y había más de 900 (!) comentarios, algunos realmente violentos de individuos indignados por mis intervenciones. Entre estos comentarios, insólitos por la cantidad, extraña para un lunes a la noche en un programa que no es masivo, había una buena cantidad de arengas que iban desde que le quiten el trabajo a la ñoqui ultra K⁷ del CONICET que cobra 320 mil pesos por criticar al gobierno y está bancada por la corona británica, hasta que habría que mandarme el Falcon verde⁸ a mí y a mi descendencia porque Roca o Videla (se menciona a ambos) no terminaron su trabajo. Al día siguiente, los comentarios habían llegado a 1400 y recién el miércoles el diario cerró la nota a comentarios. Pero no borró los anteriores. Entretanto, en los días siguientes recibí mensajes privados de personas realmente interesadas en contactarme más eficazmente, que reiteraban las amenazas a través de mensajes en Facebook y hasta por mensajería de CONICET. Esto último resulta atemorizante porque indica los intersticios por donde los violentos tratan de entrar, pero lo peor fue cuando empezaron a intentar hackear mi cuenta, que por suerte Facebook me avisó, y me pasé dos días cambiando mis claves mientras la plataforma me enviaba incesantes avisos de que alguien (muchos) estaban probando claves distintas en mi sitio desde distintos lugares geográficos. Supongo que se trata mayormente de los famosos bots, es decir que son sistemas automatizados, pero claramente había gente atrás que estaba muy resentida por lo que expuse.

Por esos días también, mi equipo organizó una jornada en el *Centro Cultural Paco Urondo* con el tema del genocidio indígena. Ese día estábamos recibiendo las noticias de la incursión en territorio del Lof Lafken Winkul Mapu, que dos días después terminaría con el asesinato de Rafael Nahuel, y se habló del tema. No solamente recibí a partir de allí más amenazas personales por Facebook (y opiniones de que tengo que “agarrar la pala”, etc.), sino que en un cuaderno que pusimos en el evento para que los asistentes dejen sus opiniones, apareció un enorme cartel garabateado que dice “¡¡No son 30000, ignorantes!!”. Es decir, alguien entre el público asistió al solo efecto de dejar su mensaje negacionista.

Para finalizar, ¿cuáles pensás que son nuestros desafíos o dificultades y cuáles serían nuestras potencialidades a la hora de participar como antropólogxs en los medios de comunicación masiva?

Creo que lxs antropólogxs tenemos serios inconvenientes a la hora de participar en medios de comunicación. No tenemos capacitación adecuada y los medios, por lo general, no están interesados en un desarrollo de corte académico. Salvo escasas excepciones. En 2015 fui entrevistada por Adrián Paenza para Científicos S.A en la Televisión Pública, y fue una de mis mejores experiencias. También Soltando Pájaros en AM Nacional; son escasos los espacios donde te dan el tiempo para que te explajes y te hacen buenas preguntas. Pero, más allá de los inconvenientes, lxs antropólogxs

⁷ Ñoqui: en el habla coloquial, empleado estatal que cobra sin trabajar. “Ultra K”: refiere a los partidarios del kirchnerismo a quienes se acusa de extremistas.

⁸ Falcon verde (automóvil Ford): símbolo de la represión ilegal durante la dictadura cívico-militar, dado que era el vehículo comúnmente usado por los grupos de tareas.

podemos aportar una mirada crítica que deconstruya los supuestos sobre los que se basa el discurso hegemónico. Supongo que justamente eso es lo que provoca la reacción tan violenta por parte de algunos sectores.